

DIOS, PATRIA, PUEBLO.

La oscuridad que manaba de la locomotora de carbón envolvía al hombre de la negra sotana. Con gesto decidido, y un destello de remembranza en la mirada, se abrió paso con su maleta en una multitud ajetreada, deseosa de descansar, temerosa de perder su tren. Pero él no deseaba ni lo uno ni lo otro; él, en ese cruel 1942, no necesitaba encontrar su camino. Y, sin embargo, volvía al pueblo que le había visto nacer arrastrado por lo poco que conservaba de su pasado, lo más sagrado: la familia.

La esposa de su tío vivía con ellos desde que él murió en 1936. Era maestro en las escuelas de La Azucarera, le dio clase; al parecer, era un ateo republicano. Los recuerdos del joven eran difusos, pero recordaba que le gustaba su tío: hablaba de su época de estudiante en Madrid, se quejaba de los políticos. Era gracioso. Su esposa no lo era. En seis años apenas había mediado palabra con él o con su madre, se limitaba a trabajar en la costura, daba la impresión de que solo su cuerpo había sobrevivido a la Guerra. Su madre le decía que había sufrido mucho, había visto cómo pegaban un tiro a su marido y después le quemaban junto a su casa y sus libros, tal vez también la habían violado. Según se decía en el pueblo, se lo habían buscado por enemistarse con el hijo del cacique, ahora *Director de la Azucarera*, que parecía pretender deshacerse de ella también.

Antes de abrir la puerta, la angulosa mujer comprobó quién era, por costumbre, por miedo. Vio a un cura de cierta edad que, con porte seguro, llevaba una sotana negra y una cruz de oro al cuello. Dejó entrar a su tío, le estaba esperando. El hombre la escudriñó unos instantes, no tenía tiempo que perder, informó, tenía que atender asuntos importantes para la nación y el continente. Cuando se sentaron en las raídas sillas, él le dijo: “chiquilla, no esperaba yo encontrarnos en estas circunstancias. Tú siempre fuiste buena hija de Dios y no entiendo cómo pudiste casarte con aquel ateo,” la amable expresión se oscureció, “aunque he venido en respuesta a la carta en la que me rogabas que mediara con el señor Director, no lo hago sin cierto resquemor y duda; prometí salvar a este país de todos los males que le acechan, y no sé si estaría haciendo justicia a mi palabra y mi deber si te salvo a ti.” La mujer, desprotegida frente a los ojos del religioso, que se clavaban en ella como lo habían hecho sus palabras, imploraba piedad, clamaba que su único delito había sido saber lo que se prefería callado, y que eso no iba en contra de la palabra de Dios. El eclesiástico levantó la mano para hacerla callar, y con semblante serio, reflexivo, sonrió con frialdad y se levantó. “Veré qué puedo hacer” manifestó, justo antes de dejar a la mujer sola otra vez, descompuesta en la silla.

La muchacha estaba leyendo *Electra de Sófocles*, una tragedia griega que, según la monja que la educaba, inculcaba valores cristianos y avisaba de la perversión de la carne. Entonces, escuchó que su padre, el Director de la Azucarera, recibía a alguien. Sonrió para sus adentros, sabía quien era, su padre había estado toda la semana despotricando contra aquel eclesiástico cercano a Franco que quería entrometerse en sus asuntos. Ella pensaba aprovechar su visita para conseguir su ayuda, por eso, en cuanto sintió que la puerta del despacho de su padre se cerraba, se apresuró a escuchar la

conversación desde la mirilla. No temía ser descubierta por el servicio, estaban ocupados preparando la cena para ese gran señor que les rendía visita; además, la querían más ella que a su padre, al fin y al cabo, la habían criado. “¡Maté con mis propias manos a ese republicano malnacido que adoctrinaba a nuestros hijos en contra de la santísima iglesia y de la patria!”, escuchó decir a su padre, que no paraba de dar manotazos en la mesa, “¡su mujer es una bruja más peligrosa que él! -pum- ¡Iba comiendo la cabeza a las niñas, diciéndolas que podían aspirar a ser algo más que esposas y madres! ¡Como si las mujeres pudieran pensar! -risotada-” Silencio. “Yo tengo una hija ¿sabe?”, pronunció con epicidad, “luché en la Batalla del Ebro y dirigí la instalación de una destiladora de gasolina en esta fábrica por ella, para que pueda vivir en una España que no fuerce a las mujeres a un rol que está fuera de la naturaleza propia de su débil sexo ¿Qué tipo de hombre sería yo si no acabo mi tarea de purgar a nuestra patria de todos sus males, si dejo impune a esa roja?” El religioso habló calmadamente, al contrario que su padre, aun así, la joven notaba el filo de sus palabras. “Qué casualidad que lo mencione, señor Director, justamente yo visité, junto a su Generalísimo, el frente del Ebro. Me pregunto en qué regimiento estaba usted, y cómo se las apañó para gestionar la destilación de gasolina desde Tarragona. Corríjame si estoy mal informado, pero tengo por bien sabido que la fábrica estuvo militarizada de 1937 a 1939” Hubo un silencio intenso, la arrogante historieta de su padre, en vez de glorificarle, había reflejado su mínima coherencia. El clérigo continuó hablando, “Hace poco pude encontrarme con el excelentísimo Pío XII, quien me transmitió sus esperanzas de que nuestra valiente patria, tras haber salido victoriosa de su honrosa cruzada, fuera el faro de estos oscuros tiempos de guerra global cumpliendo con la palabra divina. Dios quiere que nos perdonemos, como Cristo nos perdonó ¿Quiénes somos nosotros, pobres criaturas, para renegar de Su palabra?” Tras un largo minuto de silencio, el eclesiástico exclamó “¡Pues que así sea! ¿Cuándo se sirve la cena?”. La joven se alejó de la puerta y se encaminó hacia el comedor.

“¿Has podido hablar con él?” preguntó el muchacho mientras fumaba la colilla que ella había llevado a su clandestino encuentro. “Te digo que sí. He hablado con él.” respondió la hija del Director. “También he escuchado lo que decían sobre la mujer de tu tío el republicano, por si te interesa”, añadió justo antes de dar una calada. Estaban sentados en un banco, solo escondidos por la oscuridad de la noche estival. “Y bien, ¿qué te ha dicho pues?”, inquirió él con impaciencia, “por si no lo recuerdas, no tenemos mucho tiempo y, si tu padre nos descubre, tú acabarás en un convento y yo en una cuneta junto a mi madre y mi tía”. “Le he expuesto nuestra situación, recalando que nuestro amor es puro y católico, que nuestro único deseo es unirnos en sagrado matrimonio, pero que mi padre jamás lo consentiría porque tú, para él, no eres más que uno de los ciento cincuenta trabajadores de su fábrica. Sin embargo, le he dicho, sabes leer y escribir, por lo que, si nos consigue un pase a cualquier ciudad y te ayuda a encontrar trabajo, saldríamos adelante con facilidad.” “¿Cómo ha podido un alcornoque de esa categoría tener una hija tan hermosa e inteligente?”, preguntó él con admiración, acercándosela levemente. “Un alcornoque es más sensible que mi padre”, respondió ella. Él, sin reparar en el tono pesaroso de la muchacha, rió socarronamente. “Si bien no

me ha prometido ayuda para sacarnos de aquí”, decía la muchacha, hablando con la nada, “algo en él me ha sugerido que podría brindárnosla.” “Pero ¿qué ha dicho exactamente?” insistió el enamorado. “Nada.”

Durante la cena él se había regodeado de su éxito en la reunión; mientras, el Director desgarraba carne casi cruda y tragaba acaramelado flan, tal y como había tenido que hacer con sus altaneras palabras. Pensaba quedarse unos días más para atar algunos asuntos, y asegurarse de que su sobrina quedaba a salvo. Tal vez intentara buscar un monasterio en Madrid para ella, así le daría cierta calidad de vida, al tiempo que evitaba la propagación ideas subversivas; la mujer tenía suerte de que el eclesiástico apreciase tanto a su padre. Le había sorprendido la petición de la hija del Director, que le ponía en una situación difícil. Aunque no le había gustado aquel hombre engreído, no le interesaba enemistarse con él. Y, sin embargo, algo en la joven le había conmovido, tal vez la mirada suplicante, tal vez la osadía de intentarle manipular con seleccionadas palabras. Decidió no implicarse en temas de chiquillos, pero la chica había despertado su curiosidad.

Hacía dos días que no veía a su tío, el clérigo. Dos días en los que se había seguido consumiendo. Cuando volvió a recibirle, ya lo tenía decidido: le daba igual si la mataban o la dejaban vivir, de hecho, pretendía dejar que el caudaloso Pisuerga les ahorrara el trabajo. “Buenos días chiquilla, ¿está su cuñada?”, dijo él. “Creo que está al llegar”, respondió ella vacilante. “Bien, bien. En realidad, he venido a hablar con usted. Tras sopesarlo, he decidido que va a venir conmigo. Mi congregación acaba de inaugurar un centro femenino en Madrid y necesitaran ayuda para diversas tareas. Partiremos en dos días.” La mujer le miraba perpleja, quería preguntar, quejarse, oponerse, pero no sabía qué. El eclesiástico añadió “He oído que es una atea. Pensé en dejar que la mataran, pero no somos más que pobres criaturas hechas de la nada cuya soberbia los lleva a rebelarse contra su Creador. Allí donde la llevo reparará en su error... Ahora bien, confío en que sea suficientemente precavida como para mantenerse invisible y, sobre todo, callada.” La consternación, estupefacción y agradecimiento de la viuda fue momentáneamente interrumpida por la cuñada, a la que el eclesiástico pidió pasear. La mujer ya no se preguntaba si prefería que le arrebataran su vida unos bárbaros o el Pisuerga, sino si su libertad se disolvería mejor en las aguas del río o en una casa religiosa en Madrid. Tenía dos días para pensarlo.

Nada más entrar, el clérigo se la había llevado a pasear; habían dejado al espíritu de su concuñada tendido en la silla. El religioso la había propuesto ir a la Basílica de San Juan, según él, para contemplar los inicios de España y de la adopción de la verdad de Cristo; no la habló hasta que llegaron, la incertidumbre la carcomía. “Tengo una cuita que tal vez usted me pueda ayudar a resolver ¿trabajó para el señor Director, cierto?”. La mujer permanecía callada, con los labios apretados, la mirada bajada, de brazos cruzados; él la observó unos segundos, continuó hablando. “Es su hija de la que quería yo hablar, si no estoy mal enterado, usted fue su ama de llaves cría hasta que tenía seis años ¿qué sabe de ella?” “La pobre criaturilla, en nada se parece a su padre, tan buena

ella”, musitó la mujer. “¿Por qué dice «pobre criaturilla», por su madre? Ella negó con la cabeza y murmuró “La desgraciada mujer murió dándola a luz”. Él miró un instante a la mujer, “¿el padre tal vez?” El leve gemidito fue respuesta suficiente para el clérigo, que satisfecho de su intuición prosiguió. “Si se trata de lo que me imagino, en nada me sorprende que la chiquilla me asaltara ayer para pedirme ayuda. Dice que quiere casarse con un muchacho del pueblo e irse a vivir a la ciudad ¿estaba enterada?” La mujer había levantado levemente la mirada; negó. “He hablado con su confesor”, anunció el religioso, “resulta que el afortunado es su hijo.” Ella se derrumbó y comenzó a llorar.

La joven estaba en su alta torre soñando con escapar. Solo quería ser libre de su padre, de su amarga existencia en esa fábrica de azúcar. Por suerte no necesitaba leer para imaginar nuevos mundos, pocas obras eran considerados aceptables para una señorita como ella: según su padre, toda lectura la degradaba como mujer. A él también deben de degradarlo como hombre —pensaba ella con picardía—. Su novio le había dado algunos libros de estraperlo, pero ella ambicionaba más. Quería vivir. Si bien eso parecía difícil en aquella oscura época, ¿acaso era tanto pedir? Claro que deseaba casarse con su novio, al que la conectaba un vínculo casi natural, e irse a una gran ciudad donde nadie los conocería y donde no tendría a toda Falange pendiente de ella. Solo tenía que convencer al clérigo. Solo eso, y sería libre. Era lo que más quería: escapar de ese repugnante olor a melaza, demasiado dulce, demasiado pegajoso.

El clérigo golpeó la puerta con determinación, una monja le dejó pasar. “Buenos días ¿está la hija del Director?” Antes de que la religiosa hubiera respondido la chiquilla había aparecido en las escaleras. Él, al verla, le sonrió con un gesto de triste amabilidad. “Si es tan amable, necesito hablar con usted”, y añadió, dirigiéndose a la cuidadora, “Hermana, los asuntos de fe, como bien sabe, son íntimos.” La hija del Director, visiblemente nerviosa, le dirigió hasta la salita. “No puedo ayudarles a escaparse.”, dijo el eclesiástico, “Si lo hago, ayudaría a contravenir dos mandamientos: honrarás a tus padres y... no practicarás incesto...” “Aun así, si lo desea, puedo facilitar su internamiento en un convento para, por así decirlo, alejarla del difícil carácter de su padre. Tal vez allí consiga reemplazar el amor del muchacho por el de Dios.” No hubo respuesta. La consternación de la joven había acabado la conversación.

Estaba atrapada para siempre: ya no podría irse a la ciudad, ya no podría vivir en dulce libertad. Había quedado otra vez a merced de su padre, pero esta vez sin un sueño al que aferrarse. Esa noche no la había ido a visitar, como llevaba haciendo desde que ella tenía doce años; le iba a visitar a él. ¿Era la muchacha la que recorrió los pasillos con sus tijeras de costura, o era solo su cuerpo, tal vez su alma? ¿Era ella quien repetidamente las clavó en el carnoso cerro que subía y bajaba? En el pueblo dicen que se la vio por la primera de junio corriendo ensangrentada.

Releía el periódico del día, solo para aprovechar la luz de la lámpara, la bondad de la noche estival. Prestaba especial atención a las noticias de Madrid, preparándose para vivir allí con su amada. De repente, ella abrió la puerta, almibarada del rojo sirope, pura

gula de plasma. Con deliciosa perturbación dijo: “Ya soy libre. Pero no me puedo casar contigo. Soy tu hermana. Lo siento.” El muchacho se acercó a ese mal sueño, la abrazó, la quitó de las manos unas tijeras ensangrentadas. “¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado? ¿Ha sido tu padre quien te ha pegado?”, preguntó con aprensión. “Di: ‘nuestro padre’. Eres hijo de una violación. Y hermano y amante de una joven violada.” El muchacho, suspendido entre el todo y la nada, acarició la cabeza de ella, y se clavó lentamente las tijeras para que su sangre volviera a unirse con la de su progenitor. Pudo escuchar unas últimas palabras de la dulce voz que le obsesionaba: “siempre te querré, hermano, amor.”

Lo había escuchado todo desde su dormitorio. Esa tarde se había enterado de que su hijo y la niña que había criado estaban enamorados, la conversación entre ambos tan solo había aumentado la consternación. El silencio de la otra sala la atormentaba. Salió y vio a su hijo desangrado, a su niña, arrodillada junto a él, ensangrentada. No pensó: sintió. Se ahogaba en la melaza. Atravesó sus entrañas con las tijeras de coser de su concuñada.

La viuda entró en la casa de su cuñada después de cenar con su tío el clérigo. Allí encontró a la muerte. Y a una muchacha que teñida de roja lloraba. La mujer no necesitaba preguntar qué ocurría, pero lo hizo. “No iba a ser libre y maté a mi carcelero”, dijo la joven con tono de porcelana. “Pero él me amaba... -dijo señalando al muchacho- de verdad, y no ha soportado amar a su hermana.” “No lo hacía”, respondió la viuda con impresionante frialdad, “No eres hija del que has matado con tus manos, sino del maestro al que él mató con las suyas.” La chiquilla miró la empalagosa sangre de sus manos, luego a la viuda, luego exhibió ese gesto de horror que solo la verdad suscita. La viuda la abrazó, rescataba un libro de la hoguera de las vanidades. Pensaba protegerla; la limpió la sangre.

“¿Quién será a tan altas horas de la noche?” se preguntó el clérigo. El malhumor se transformó en atonía cuando vio a su sobrina y a la hija del Director en la puerta. “Déjenos pasar”, pidió la viuda. El religioso hizo un gesto; los tres se sentaron. “Explíquense, ¡Ya!” Su sobrina le explicó las tres muertes; lo de la paternidad no hacía falta. El religioso miró a la niña, “Chiquilla, ha matado al que creía su padre ¿no tiene nada que decir?” “A todos los cerdos les llega su San Martín, señor. No quería que el muchacho y su madre murieran.” El religioso la miró largamente, turbado, admirado. “No ha matado usted a su padre. Ese rojo que la pretendía asesinó al director, y después se suicidó con el arma del crimen. Esa es toda la historia”, sentenció imperante. “Pero claro, ¿qué será ahora de su pobre hijita?”, la niña le mantenía la vacía mirada, “Tienes el apellido de un héroe caído. Serás útil a la Obra de Dios.” Ella apretó la mano de la viuda, le interpeló: “¿Para qué puede ser útil una asesina como yo? Deje que mi culpa se pudra en un convento.” Él, sonriente, negó, “Vas a casarte con un gran hijo del país. Una Lilith como tú me es más útil allí que en un convento.” “Ya he matado una vez por libertad ¿qué le hace pensar que no lo haré dos? ¿Qué le lleva a salvar a una pecadora?”, respondió ella. “Dios entiende que esto lo hago por España. Se útil a la Obra y tendrás

más libertad de la que la mayoría puede soñar.” “Quiero que la viuda del maestro sea mi dama de compañía”, exigió la joven, desafiante. “Niña: pide lo que quieras, haz lo que se te manda. No temo que mates a nadie: eres lista y pronto aprenderás. La libertad es un lujo. El poder, una necesidad.”

El año siguiente el olor a azúcar quemado continuaba, repulsivamente dulce: se habían superado los objetivos de producción.